

Antonio López Peláez, catedrático de Trabajo Social de la UNED

Educación e inclusión social

En los servicios sociales se viven de primera mano las consecuencias pavorosas de las carencias educativas. La educación es la primera herramienta de inclusión social



El conocimiento da libertad. En cierta medida, casi podríamos decir que el conocimiento es la libertad. Y, por el contrario, la falta de conocimiento, el analfabetismo, es un claro predictor de exclusión social. En los servicios sociales, a menudo nos encontramos con usuarios que carecen de los conocimientos, competencias y habilidades básicas para relacionarse con los demás, tanto en su familia como en su puesto de trabajo. Más aún, a menudo han interiorizado pautas de comportamiento y teorías para explicar lo que les pasa que aceleran el proceso de exclusión social en el que se encuentran inmersos. Con criterios equivocados, con teorías erróneas, con un pobre uso del lenguaje o con modelos de comportamiento disfuncionales, es muy difícil lograr una inclusión real en la sociedad. Y sobre todo es muy difícil realizarse como persona, desarrollar tus propios proyectos y disfrutar de la interacción con los que nos rodean.

La educación no es otra cosa que ese proceso de entrenamiento, de crecimiento personal y comunitario, basado en cultivar las propias capacidades mediante la adquisición de teorías, palabras, experiencias, lenguajes –desde las matemáticas a otros idiomas–. Se trata de analizar nuestra trayectoria y nuestra cultura, apropiándonos de ella. Adquirimos conocimientos, competencias y habilidades que nos permitan desarrollar nuestros proyectos, integrarnos con éxito y, sobre todo, ser libres para poder gobernar nuestra vida.

Quizás no podemos ser todos

genios como Cervantes, ni empresarios como Elon Musk, pero podemos desarrollar nuestro proyecto personal y colectivo y disfrutar de libros, máquinas y obras de arte (en la doble dimensión de contemplarlos y de hacerlos). No basta cualquier tipo de educación, ya hemos experimentado en el pasado la manipulación y la brutali-

dad de los procesos socializados en el nazismo o en el bolchevismo. En términos orteguianos, el objetivo es lograr una educación a la altura de nuestro tiempo. Es importante explicar lo que nos pasa, y también desarrollar teorías adecuadas sobre la realidad y su transformación.

Necesitamos teorías y concep-

«No hay nada más real y básico que dominar bien el lenguaje leyendo a los clásicos y sabiendo expresarse»

tos, necesitamos referencias, y hoy en día todavía más, porque la desinformación ya forma parte de las redes sociales y de Internet. La escuela es más necesaria que nunca, pero una escuela que nos dé referencias, en la que la filosofía, el latín, el arte o las matemáticas nos permitan desarrollarnos como personas. Y nos den una ventaja competitiva para ser libres, en una sociedad estratificada en la que el conflicto y cooperación van de la mano. Por eso es tan desestructuradora la ficción de progreso automático, suspensos incluidos, que te hace pensar que la realidad se adapta a ti, cuando al abandonar la escuela descubres, desestabilizadamente, que la sociedad nunca ha funcionado así.

La educación tiene que prepararnos para el mundo real, y a la vez darnos distancia crítica para poder pensar y actuar sobre dicho mundo. No basta con una adaptación instrumental, necesitamos referencias para pensar. Y eso implica recuperar a Descartes, a Lope de Vega o a Einstein. No hay nada más real y básico que dominar bien el lenguaje leyendo a los clásicos y sabiendo expresarse. En los servicios sociales, experimentamos las consecuencias pavorosas de las carencias educativas. Unas carencias que vuelven a poner sobre la mesa la importancia de fomentar un conocimiento esforzado, compartido, participativo y competitivo, que nos prepare para adaptarnos y para transformar nuestro entorno. Solo así podremos aumentar los niveles de inclusión social en nuestras sociedades cosmopolitas.

POL

Lorenzo Roy, Maribel Gracia y Santiago Urzay

Escasez de chips y condiciones de trabajo

El método del 'just in time' y la consiguiente escasez de semiconductores para la industria del automóvil están repercutiendo negativamente en las condiciones de trabajo

Cuando comenzó la pandemia, se constató que los países antes llamados 'industrializados' habían deslocalizado, en busca de mano de obra barata con menos derechos o casi esclava, la producción de elementos esenciales y descubrimos que no disponíamos de mascarillas, respiradores o fármacos. Ahora sucede algo similar con los 'semiconductores' que se producen en China, Taiwán y Corea del Sur.

Los nuevos coches incluyen más de 100 microprocesadores, por lo que su escasez se ha convertido en un grave problema para el sector de la automoción y para la industria tecnológica, muy afectada por el desabastecimiento.

Con los confinamientos, cayó la compra de vehículos, lo que llevó a los fabricantes de coches a disminuir sus pedidos de microprocesadores. A su vez, el teletrabajo y la enseñanza y el ocio virtuales dispararon la demanda de dispositivos electrónicos. Estos cambios llevaron a los fabricantes a destinar los chips que antes demandaba el automóvil a aparatos electrónicos. A medida que se fueron levantando restricciones sanitarias se reactivó la fabricación de

vehículos, sin que la demanda de productos electrónicos dejara de crecer y se acabaron las reservas.

Las fábricas de coches europeas se apuntaron hace más de 30 años al método 'justo a tiempo' (JIT), que incluye el mantenimiento de inventarios al mínimo nivel, donde los suministradores entregan justo lo necesario en el momento necesario. Cualquier fallo en la cadena provocará atascos y bloqueos. Cada fallo, suspensión y retraso impacta negativamente en los costes y reduce la ventaja de mantener el proceso JIT como está sucediendo en esta ocasión y acaba repercutiendo negativamente sobre la gente trabajadora.

Así, cuando una gran fábrica de coches sufre la escasez de semiconductores, porque carece de reservas, reduce su producción e impone a su plantilla la llamada

'flexibilidad' que justifican como de fuerza mayor, cuando enmascara una pésima organización del trabajo, que arrastra a su vez a proveedores y fábricas de componentes, en un efecto dominó. Todo ello, saltándose la normativa legal y acuerdos con los comités.

En los últimos meses la flexibilidad ha pasado de ser una medida excepcional a una situación que atenta contra los derechos y la salud de los trabajadores, que imposibilita la conciliación familiar. El escenario es tal que no permite organizar el tiempo de las personas, pues la empresa puede llamar para que acudas o no al trabajo o mandarte a casa en cualquier momento de la jornada. A futuro, la propia competencia interna de las fábricas, que deben demostrar una y otra vez la competitividad frente a otras para ob-

tener carga de trabajo (cada vez más precario y temporal), dibuja un horizonte de fábricas sin horarios y con trabajadores a disposición del patrón 'en la plaza del pueblo' como se está demostrando en el sector del auto aragonés.

¿Dónde queda la ley? El Estatuto de los Trabajadores marca que anualmente se elaborará un calendario. Así se sitúan fuera de la norma los calendarios trimestrales, mensuales y otros apaños. Tampoco están dentro del plazo legal los 'paros técnicos', eufemismo con el que se pretende burlar el preaviso obligatorio de cinco días para que la dirección haga uso de su potestad de flexibilizar el calendario.

Ahora que se anuncia la Red Aragonesa de Empresas Saludables, recordamos que la organización del trabajo es la principal

fuente laboral de riesgos psicosociales. El ritmo, los horarios, la gestión de proveedores y clientes, horarios o días laborales incompatibles con el trabajo de cuidados o con la vida social tienen entre sus consecuencias una mayor accidentabilidad, un mayor estrés, así como el desarrollo de patologías.

El Gobierno de España anuncia el maná de los fondos europeos para el coche eléctrico y tanto el Gobierno central como el de Aragón han concedido importantes ayudas al negocio automovilístico. En otros lugares del mundo se condicionan las ayudas a estos sectores al mantenimiento del empleo de calidad, el respeto al medio ambiente, la inversión en investigación y un compromiso de permanencia. La industria será un factor fundamental de desarrollo siempre que ofrezca salarios y condiciones dignas. La modernización de los procesos industriales no se puede hacer a costa de regresar al pasado en derechos laborales. Es tiempo de actuar.

Lorenzo Roy es delegado de Prevención de CC. OO. de Lear España, Maribel Gracia y Santiago Urzay, miembros de la Comisión Ejecutiva de CC. OO. Industria Aragón